



A propósito de la muestra

El viaje infinito

Cuerpo, indumentaria y territorio

de Bárbara Arcuschin,

Curadora: Fabiana Barreda

El viaje infinito

Entretejiendo la historia

por Eduardo Wolovelsky¹

EN EL VALLE DEL OMO

En 1967, el paleoantropólogo sudafricano Richard Leakey sobrevolaba el valle inferior del río Omo buscando evidencias sobre los orígenes de la humanidad. Los fósiles que finalmente habría de liberar de su prisión sedimentaria estarán entre la evidencia más antigua de la presencia del *Homo sapiens* sobre el planeta Tierra. En ese mismo año, el zoólogo británico Desmond Morris, preocupado por cuestiones similares pero en el ruidoso caos de la gran ciudad, publicaba *El mono desnudo*, un libro de singular éxito con un enfoque reduccionista característico de aquella época agitada por constantes descubrimientos vinculados a la evolución humana. Tras observar el trabajo fotográfico de Bárbara Arcuschin, donde retrata la diversidad cultural de los habitantes del valle del Omo manifiesta en la vestimenta antigua y moderna, propia o importada del mundo industrial, se hace evidente que de escribir hoy un libro sobre aquellas cuestiones vinculadas al origen del hombre moderno, con toda probabilidad lo llamaríamos *El mono vestido*. Al respecto en su maravilloso trabajo *El tejido de la civilización. Como los textiles le dieron forma al mundo*, la escritora Virginia Postrel nos propone la siguiente reflexión:

Nosotros, simios carentes de vello, coevolucionamos con nuestras telas. Desde el momento en que al nacer nos vemos arropados por una manta, ya estamos rodeados de textiles. Cubren nuestro cuerpo, engalanan nuestra cama y alfombran nuestros suelos. Los textiles nos proporcionan cinturones de seguridad y cojines para el sofá, tiendas de campaña y toallas de baño, mascarillas quirúrgicas y cinta aislante. Están por todas partes. Pero, dándole la vuelta al famoso adagio de Arthur C. Clarke sobre la magia, cualquier tecnología lo bastante familiar es indistinguible de la naturaleza. Parece algo obvio, intuitivo: tan entrelazada está al tejido de nuestra vida que la damos por sentada. Somos tan incapaces de imaginar un mundo sin telas como sin la luz del sol o sin la lluvia. Somos herederos de un gran tapiz de metáforas —«pegar la hebra», «hilar fino», «cortados por el mismo patrón»—, pero no siempre somos conscientes de que hablamos de fibras y tejidos. Repetimos expresiones acuñadas como, por

¹ Texto de Eduardo Wolovelsky a propósito de la muestra El Viaje Infinito, de Bárbara Arcuschin con Curaduría de Fabiana Barreda, exhibida la Fotogalería del Centro Cultural Rector Ricardo Rojas UBA, del 15 de mayo al 15 de Junio de 2024.

ejemplo, «de buen paño», «pender de un hilo», «cardar la lana». Las historias que contamos tienen flecos, los enigmas son madejas, a veces perdemos el hilo cuando hablamos. Mientras gira y gira la rueca del tiempo, hilvanamos retales de vida, y nunca nos preguntamos por qué llevamos tantos siglos hilando y entretejiendo a nuestra lengua expresiones como estas. Rodeados de textiles, nos mostramos casi del todo ajenos a su existencia, y al conocimiento y los esfuerzos que atesora hasta el más pequeño trocito de tela. Y, con todo, la historia de los textiles es la historia de la inventiva humana.

En el palimpsesto viviente de las tierras del este central de África, las telas, los cortes y los diseños, los tintes y los colores nos dan claves para entender la compleja historia humana y la excepcional condición de una globalización que abruma con su excesiva interconexión.

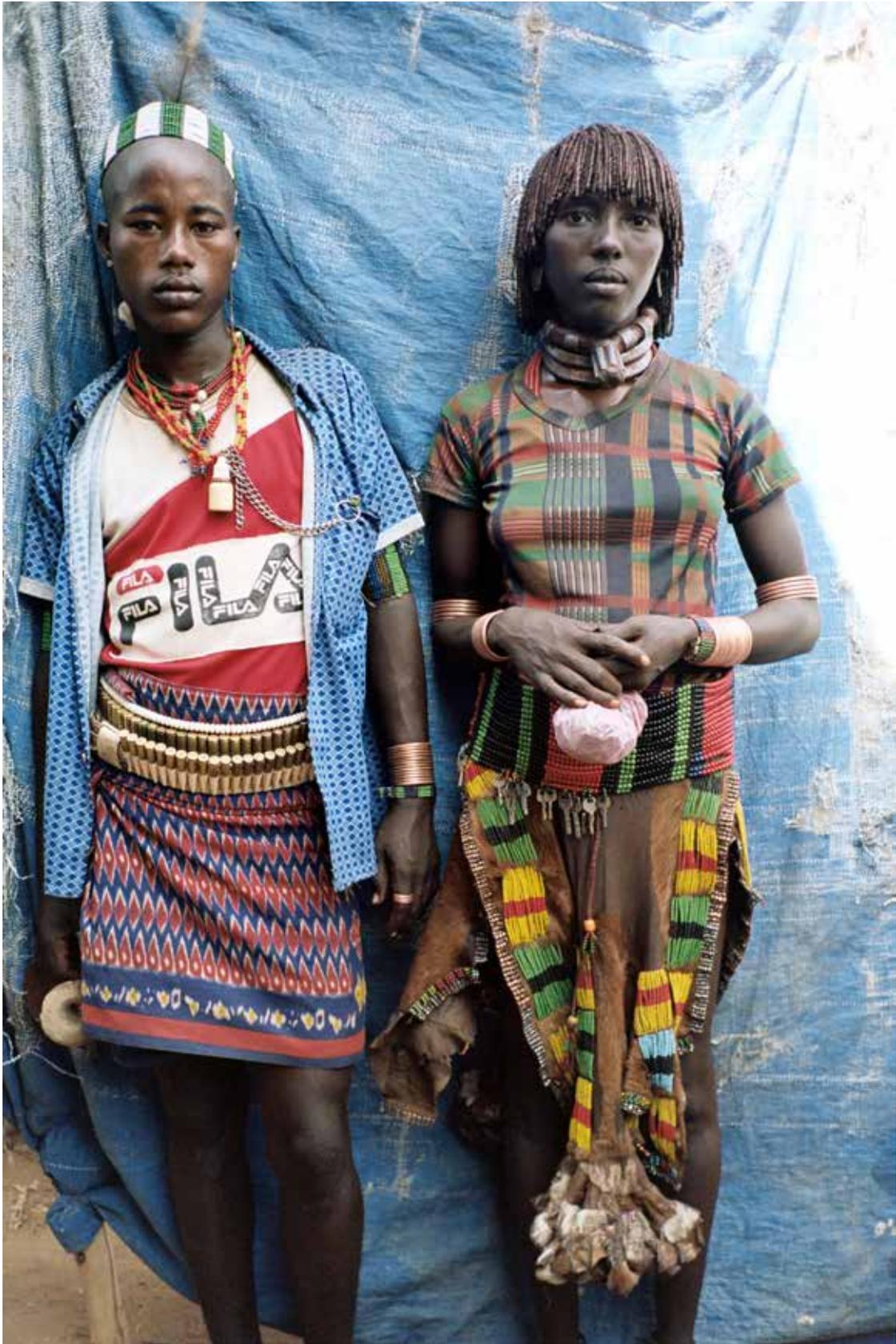


TINTES

Lejos de lo que pueda suponerse en una primera mirada, y tal como lo considera Postrel, los seres humanos no se visten solo como defensa frente a las inclemencias del mundo natural. A veces esa puede ser la principal razón aunque nunca es la única. Cubrir partes del cuerpo nos cambia, nos da poder o nos obliga a la obediencia, incluso a la sumisión, nos acerca, nos vincula con lo bello y lo erótico pero también nos aterra y puede sumirnos en un miedo que nos obliga a huir. Por el modo en que nos vestimos somos identificados: aquel es de cierta etnia, este es de tal religión, este otro pinta cierta rebeldía. El uniforme identifica al soldado propio y al que puede ser un enemigo. En un cuento tradicional se elogia el atuendo del emperador quien está perdiendo su poder porque, enceguecido por los halagos, no percibe que está desnudo. Son precisamente los emperadores quienes nos dan una interesante lección sobre la importancia de las telas, los diseños y sus colores.

La diversidad de textiles que hoy somos capaces de producir nos hacen olvidar lo difícil que fue lograr teñir telas con tonos vivaces y persistentes. Las togas imperiales del mundo romano nos pueden dar una idea de los desafíos técnicos a los que se enfrentaron los tintoreros para responder a los sueños de la moda en la antigüedad.

Hay un colorante que tuvo un papel protagónico en el teñido de telas y en el juego del poder. Desarrollado hacia el segundo milenio antes de Cristo, hay evidencias de su uso en la civilización minoica en Creta y de su difusión por los fenicios, cuyo nombre está vinculado etimológicamente a la presencia de este colorante en el oriente próximo. Esta particular tintura se utilizó para darle color a las prendas de la nobleza, de los sacerdotes y de los reyes. En la época imperial romana solo era potestad del emperador usarlo. Hablamos de un tono singular o más bien de una gama de tonalidades: el púrpura. A diferencia del rojo que se puede aislar de la planta *Rubia tinctorum*, no hay una fuente vegetal para este tinte. Su obtención era hartamente difícil dado que solo se lo podía aislar y purificar a partir de los tejidos de un caracol carnívoro del mediterráneo. Plinio el viejo nos otorga algunas pistas sobre su elaboración y nos dice porqué era más valioso que el oro y la plata. La fuente de la *Púrpura de Tiro* era la cañadilla, un caracol de la especie *Bolinus brandaris*. La glándula hipobranquial de este molusco segrega un líquido blanquecino que macerado durante algunos días y en contacto con el aire y la luz solar da un color rojo violáceo. Se necesitan decenas de miles de caracoles para obtener suficiente colorante para una única prenda. Tal escasez y su fuerza para fijarse al tejido lo hicieron en extremo valioso. Su producción iba acompañada de un hedor fétido que permanecía en la tela y que, paradójicamente, se convirtió en un signo de distinción. Por otra parte la especie *Hexaplex trunculus*, que también podía dar un pigmento púrpura aunque más oscuro, permitía a su vez, y por ello fue utilizado por los hebreos, obtener un azul intenso conocido como Tkhelet. Con el correr de los siglos nuevas fuentes animales fueron utilizadas para suplir el color de los reyes, como le sucedió a la púrpura cardenalicia que en el siglo XV ante el avance otomano que impedía el acceso al colorante, se trocó por un tinte carmesí obtenido de un insecto del género *Kermes*, el que a su vez, a los pocos años, fue reemplazado por la cochinilla mexicana (*Dactylopius coccus*). Pero toda esta laboriosa historia llegará a su fin en el siglo XIX cuando la química abrió el camino para la producción de los tintes sintéticos.



TEXTILES

No fueron solo los colores. La síntesis química también conquistó el mundo de las fibras. Hoy la variedad de telas parece inabarcable y nos hace olvidar las batallas del pasado por el predominio de algunas pocas formas como la lana, el algodón, el lino y la seda. Como presión para sostener el consumo, la moda se ha vuelto sinónimo de lo transitorio, incluso de lo hartó

fugaz. La industria textil propone cada vez, y con mayor ansia, nuevos modelos y nuevas telas, colores y estampados. El mundo parece una gran marea de tejidos que van y vienen y que no conocen fronteras. La presencia en el valle del Omo de prendas propias de zonas económicamente poderosas entremezcladas con telas, cortes y vestimentas propias de una tradición primaria delinea la lógica cosmopolita y global que rige nuestro presente. Es tal la abundancia y la innovación que por momentos perdemos la referencia de lo que significan las telas, las puntadas y los pliegues con los que adornamos nuestros cuerpos, hoy y en el pasado. Los “retratos” que observamos en las fotografías, lejos de ser imágenes literales de la realidad, devienen en bellas metáforas sobre los tejidos que nos cubren y que convocan a las palabras finales de Virginia Postrel para darle un nuevo giro a nuestra reflexión:

Cuanto más aprendía acerca de los textiles, más llegaba a entender de ciencia y economía, de historia y cultura, esto es: del fenómeno que llamamos «civilización». Padecemos de amnesia textil porque disfrutamos de textiles en abundancia. Y esa amnesia tiene un precio: oscurece los componentes esenciales de la herencia humana y oculta, en buena medida, la forma en que hemos llegado hasta aquí y lo que somos. Ahora me doy cuenta de que cada trozo de tela encarna la solución de innumerables y enrevesados problemas. Muchos son técnicos o científicos: ¿cómo se obtienen ovejas que den vellones blancos y gruesos? ¿Qué hay que hacer para que las fibras mantengan una tensión uniforme que permita hilarlas entre sí sin que se rompan? ¿Cómo evitar que se pierda el color del tinte? ¿Cómo se construye un telar que sirva para tejer motivos complejos? Algunas de las dificultades más espinosas son, sin embargo, de carácter social: ¿cómo se financia un cultivo de algodón o de gusanos de seda, una nueva planta para hilar, o una caravana para viajes de larga distancia? ¿Cómo se pueden conservar los motivos estampados para que otra persona los pueda reproducir? ¿Cómo pagar un envío de textiles sin remitir físicamente el dinero? ¿Qué hay que hacer cuando la ley prohíbe las telas que deseas vestir o fabricar? Todas estas preguntas surgen de algo tan universal como la inquietud humana. Los seres humanos comparten la necesidad de sentirse protegidos, el apetito del estatus y el placer de ponerse adornos. Somos creadores de herramientas, animales que resuelven problemas, criaturas sociales y sensoriales. Las telas encarnan todas estas características. Pero las inquietudes universales se manifiestan en la historia solo a través de detalles particulares: los logros de inventores, artistas y trabajadores, los anhelos de científicos y consumidores, la iniciativa de exploradores y emprendedores. La historia de los textiles abarca belleza y genio, crueldad y exceso, jerarquías sociales y sutiles soluciones alternas, comercio pacíficos y guerras salvajes. En cada pieza de tela se esconden las obras de mujeres y de hombres curiosos, inteligentes y llenos de deseo, hombres y mujeres del pasado y del presente, conocidos y desconocidos, procedentes de todos los rincones del planeta. Este legado no pertenece a una sola nación, raza o cultura, ni a un único tiempo o espacio. La historia de los textiles no es una historia masculina o femenina, ni es una historia europea, africana, asiática o americana. Es todo eso al mismo tiempo, algo acumulativo y compartido: una historia humana, un tapiz tejido con incontables y vivísimos hilos.